

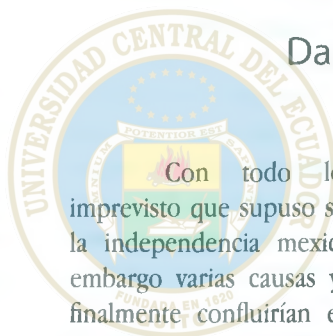
GRITOS DE LIBERTAD

HACIA EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

Daniel Kersffeld

ALGUNAS CAUSAS Y ANTECEDENTES DE LA INDEPENDENCIA MEXICANA

El contexto político y el mundo de las ideas



Con todo lo espontáneo e imprevisto que supuso su inicio, el ciclo de la independencia mexicana reconoció sin embargo varias causas y antecedentes que finalmente confluirían en lo que a partir de 1810 se conocería como el Grito de Dolores. Cabe señalar, en primer lugar, a las reformas borbónicas que, impuestas desde la metrópoli a fines del siglo XVIII, implicaron un mayor desarrollo económico del virreinato de la Nueva España, anquilosado como estaba en actividades tradicionales como la minería, que únicamente beneficiaban a unas pocas familias de raigambre peninsular popularmente conocidas como “gachupinas”. En cambio, el fin del monopolio comercial y la consagración definitiva del libre mercado implicaron una mejora sustancial de aquellas clases medias en ascenso, mayormente criollas, vinculadas con el comercio exterior. Este proceso de reformas fue, por último, rubricado por el desarrollo de un nacionalismo criollo que justamente se ocupó

Con sus once años de duración, el ciclo de la independencia de México fue uno de los más extensos de América Latina: si bien sus primeros antecedentes se pueden rastrear a partir del año 1808, fue desde 1810 cuando comenzó a delinearse cada vez con mayor fuerza e intensidad el proceso que culminaría en 1821 con la liberación de las colonias novohispanas de la Corona española. Y sin permanecer limitado por las siempre estrechas fronteras geográficas, su desarrollo, por cierto, sirvió también como ejemplo para prácticamente todas las luchas liberacionistas que se sucedieron en la región durante estos años particularmente conflictivos y violentos.

de exaltar la riqueza cultural de los indígenas a fin de revalorizar la tierra donde habían nacido, proyectándola como un elemento definido de futura identidad autóctona.

Por otra parte, también ejercieron una influencia determinante acontecimientos políticos como la Independencia de los Estados Unidos en 1776 y la Revolución Francesa en 1789, caracterizadas ambas dentro del más amplio período de las revoluciones burguesas. Detrás de ambos movimientos políticos y sociales, y sobre todo del segundo, se encontraba el sustento proporcionado por las ideas de la Ilustración, con su fe en la ciencia y la razón, y con su visión de un futuro de bienestar y prosperidad, tan alejado (al menos en sus formulaciones iniciales) del oscurantismo medieval regido por la Iglesia católica. Como corolario a toda una serie de reivindicaciones, dichas revoluciones triunfantes se ocuparon de proclamar la igualdad de los hombres ante la ley a la vez que dieron amplias libertades a los ciudadanos, convertidos de ahí en más en el sujeto político por antonomasia de todo aquel régimen de gobierno que pretendiera jactarse de moderno.

Finalmente, y como detonante certero de la liberación de la colonia mexicana, operaría la invasión francesa a territorio español ocurrida en octubre de 1807. Esto daría lugar a que en la ciudad gala de Bayona, a comienzos de mayo del siguiente año, se produjera la forzada abdicación del monarca Carlos IV y luego de su hijo Fernando VII a favor de Napoleón Bonaparte y de su hermano José, convertido a partir de entonces en rey del protectorado francés de España. El problema pronto se trasladó al virreinato novohispano pues no había ninguna claridad sobre la posición que se debía guardar ante la ocupación extranjera de la metrópoli. Así, y si para algunos la mejor opción era la reconocer

al gobierno francés, para otros la soberanía seguía residiendo en el rey español, por lo que se oponían terminantemente a cualquier tipo de legitimación de José Bonaparte. Finalmente, un tercer grupo, influenciado por las ideas de la Ilustración y por las revoluciones estadounidense y francesa, suponía que la mejor alternativa era la separación de las colonias. Como se verá de aquí en adelante, será este tercer grupo, compuesto mayormente por criollos, pero al que progresivamente se irían sumando españoles, mestizos, hombres de la Iglesia, etc., el que finalmente impondría su marca al proceso independentista de México.

La rebelión criolla de 1808

El antecedente más importante de la independencia de México tuvo lugar en 1808, cuando se conformó la Junta Provisional de México en torno a la estructura municipal de la ciudad, una de las instituciones más arraigadas del mundo hispánico, y que pronto se replicaría en otras ciudades de la región, como fue el caso de Quito en 1809, y de Caracas y Buenos Aires en 1810. Sus propulsores, un grupo de criollos que se había beneficiado económicamente a partir de las reformas borbónicas del siglo XVIII y que quería aprovechar la crisis en España para llevar a cabo toda una serie de cambios políticos en el seno del Virreinato, se enfrentaron a aquella otra élite de letrados mayormente de origen peninsular que, cobijada por la Real Audiencia de México, suponía que el poder en Nueva España seguía radicando en el Rey Fernando, aunque éste momentáneamente se encontrara ausente. Así, y en oposición al pensamiento cada vez más autonomista y radical de los primeros, estos últimos pretendían que la estructura social de la colonia siguiera inmutable y, por lo tanto, en un plano de subordinación con respecto a la metrópolis española.

Como síndico del Ayuntamiento de México, el abogado jalisciense Francisco Primo de Verdad fue uno de los principales impulsores del movimiento cívico que el 5 de agosto de 1808 propuso al virrey José de Iturrigaray convocar a una Junta de ciudadanos para gobernar la colonia en nombre de Fernando VII. El fundamento de esta propuesta, centrada en el eje filosófico del contrato social, no le negaba obediencia al rey ni defendía la separación de la colonia, pero en cambio sí aseguraba que ante su ausencia, la soberanía debía indefectiblemente retornar al pueblo. La aceptación de estas ideas por Iturrigaray pronto se tradujo en una creciente inquietud por parte de la élite novohispana, la que percibía toda alteración del sistema colonial y, particularmente a la Junta, como una amenaza concreta para su status social y económico, consagrado a lo largo de tres siglos de beneficios y explotación.

En medio de este conflictivo contexto, la tesis de la soberanía popular esgrimida desde el sector criollo fue prontamente condenada como anatema por el inquisidor Prado y Obejero, al tiempo que en el mismo tenor se pronunció también la Real Audiencia por boca del oidor Guillermo Aguirre. Finalmente, la disputa entre la Real Audiencia y el Ayuntamiento llevó a un golpe de Estado en contra de Iturrigaray. Encabezados por Gabriel de Yermo, los opositores a la Junta destituyeron al virrey, poniéndolo preso el 15 de septiembre de 1808. A continuación, la Real Audiencia impuso como virrey títere a Pedro de Garibay en tanto que los líderes del Ayuntamiento fueron encarcelados o desterrados. Por su parte, Primo de Verdad fue encerrado en las celdas del arzobispado de México amaneciendo muerto en la madrugada del 4 de octubre (ahorcado, aunque se presume que había sido envenenado). Pese al fracaso que en su momento significó la Junta de la Ciudad de México, la breve historia de la

rebelión criolla capitalina se convirtió en uno de los más importantes antecedentes de la independencia mexicana.

LOS INICIOS DEL PROCESO DE LA INDEPENDENCIA (1810-1811)

Los conspiradores de Querétaro

La etapa de iniciación de la guerra de independencia se desarrolló entre 1810 y 1811, es decir, entre el famoso Grito de Dolores con el que el cura Hidalgo llamó a sus seguidores a levantarse en armas en contra del dominio español, y su captura en Norias de Acatita de Baján, cuando justamente intentaba escapar de la captura por parte del ejército realista.

El punto de inicio del proceso de independencia en México tuvo lugar bajo la forma de un movimiento clandestino centrado en la ciudad de Querétaro, ubicada en el centro del país. Hacia principios de 1810 se había conformado allí un círculo cultural e intelectual compuesto de abogados, pequeños comerciantes y militares cuyas discusiones literarias encubrían en realidad el análisis de la situación política de la colonia y un secreto llamado a la acción capaz de derrocar al gobierno virreinal, que había aceptado la autoridad napoleónica en España y en sus dominios.

Conocido como el grupo de los "Conspiradores de Querétaro", éste contó entre sus miembros a algunos de los principales protagonistas de la futura independencia mexicana: Miguel Hidalgo y Costilla, ex rector del Colegio de San Nicolás Valladolid y cura del pueblo de Dolores en 1810; Ignacio Allende, oficial del ejército novohispano; Juan Aldama, oficial y pequeño industrial; Ignacio Aldama, hermano del anterior y también como él, perteneciente al ejército realista; José Miguel Domínguez,

corregidor de la ciudad de Querétaro y su esposa, doña Josefa Ortiz de Domínguez (popularmente conocida como “La Corregidora”). Como líder del levantamiento fue elegido el cura Hidalgo, con amplias influencias entre distintos grupos sociales (sobre todo, entre los indígenas) y muy respetado en el Bajío, región central del país. Sin que hubiera una plena coincidencia entre los objetivos propuestos, el sector de los militares del grupo (Allende y los hermanos Aldama, junto con Mariano Abasolo), opuesto a las ideas de independencia, planteaba para el territorio novohispano un protectorado gobernando por el “legítimo” rey Fernando VII, pero con libertad para sus habitantes.

El grupo de los conspiradores tenía pensado alzarse en armas el 8 de diciembre de 1810 con la intención de convocar a una junta que debía ser compuesta por regidores, abogados y eclesiásticos pertenecientes a las clases medias, fortalecidas en Nueva España sobre todo a partir de las reformas borbónicas. Posteriormente, y para no retrasar demasiado los acontecimientos, se propuso como nueva fecha para el alzamiento el 2 de octubre, día de la feria de San Juan de los Lagos, en donde se congregaría gran cantidad de comerciantes y artesanos. Sin embargo, la Conspiración de Querétaro fue descubierta el 11 de septiembre cuando uno de sus impulsores, Epigmenio González, fue apresado encontrándose un arsenal destinado al movimiento armado en ciernes. Al siguiente día, fueron tomados prisioneros el corregidor de la ciudad, Don Miguel Domínguez y su esposa Doña Josefa Ortiz de Domínguez, delatados como miembros de un grupo de conjurados contra el poder virreinal, en tanto que Ignacio Allende estuvo a punto de ser detenido.

Pese al fracaso de esta operación, los conspiradores alcanzaron a prevenirse y a anticipar la posible intervención de las autoridades virreinales en la ciudad

de Querétaro. Así fue como antes de su detención, Josefa Ortiz alcanzó a dar aviso a Juan Aldama del peligro en que se encontraba el movimiento independentista debido a la inesperada presencia de las tropas realistas en Querétaro. Por su parte, Aldama se dirigió velozmente a Dolores, en el Estado de Guanajuato, para informar al cura Hidalgo de toda esta situación, obligándolo además a asumir finalmente la situación de liderazgo que previamente el grupo le había conferido. Apremiado y haciendo repicar las campanas de la parroquia local, Hidalgo se ocupó personalmente de convocar al pueblo de Dolores con la intención de acelerar los tiempos de la revuelta. Pese a que ya era la madrugada, el 16 de septiembre de 1810 los habitantes del pueblo se congregaron frente a la iglesia, y ante ellos, Hidalgo los exhortó a la movilización al llamado de “¡Viva la Virgen de Guadalupe!, ¡viva Fernando VII!, y ¡muera el mal gobierno!”, exclamación que a partir de entonces sería conocida como “Grito de Dolores” y que será recordada como el punto de inicio del ciclo de la Independencia mexicana.

Los primeros ecos del Grito de Dolores

El cura Hidalgo, convertido a partir de entonces en la figura central y en el principal instigador del movimiento insurgente, se dirigió al presidio de Dolores seguido de un puñado de campesinos mal armados y prácticamente sin ninguna experiencia ni conocimientos militares. Puso en libertad a los presos y armó a su improvisado ejército con los escasos pertrechos disponibles en la armería local. Seguido por este inicial grupo armado, compuesto por unos seis mil hombres, el cura Hidalgo marchó primero a la localidad de Atotonilco, a la que ocupó sin resistencia alguna, procediendo allí a tomar el estandarte con la imagen de la Virgen de Guadalupe, símbolo religioso de

los habitantes de Nueva España. Por otra parte, la influencia de este ícono sería de gran fortaleza para el movimiento independentista, tanto como elemento aglutinador como así también movilizador, a punto tal que a partir de aquellas fechas fue concebida como la primera bandera nacional. Luego de arregar una vez más a su tropa con el grito de “¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!”, Hidalgo salió de Atotonilco y continuó su camino hacia San Miguel el Grande, en donde se le unieron los oficiales Ignacio Allende y Mariano Abasolo, sumando algunos refuerzos más para la conformación de este primer regimiento independentista mayoritariamente compuesto por campesinos y mestizos.

Sin dejar de incrementarse, sobre todo, luego de su paso por las poblaciones del oriente de Guanajuato, el Ejército Insurgente comenzó a recibir algunas señales de suspicacia, sobre todo, por parte de los criollos, desconfiados primero frente al levantamiento de los conspiradores de Querétaro y recelosos ahora del crecimiento de estas fueras revolucionarias compuestas mayormente por las clases bajas y empobrecidas de la sociedad mexicana. El movimiento revolucionario se enfiló rumbo a Celaya, en donde realizaría su bautismo de fuego en contra de los realistas, obteniendo un importante triunfo el 20 de septiembre de 1810 que se traduciría en el incremento de más hombres y de más fondos para continuar la lucha. El 24 de septiembre, después de que Allende tomara la ciudad de Salamanca enarbolando un retrato del rey Fernando VII, Miguel Hidalgo fue proclamado por sus seguidores como Capitán General de los Ejércitos de América y como Generalísimo de América, quedando al mando de la tropa como su principal cabeza. En tanto que, al salir de Salamanca, el crecimiento

del Ejército Insurgente se tradujo en unos cincuenta mil combatientes.

Hidalgo y sus hombres salieron luego en dirección al noroeste y en su camino se apoderaron de los pueblos de Irapuato y Silao, hasta que finalmente arribaron a Guanajuato, capital de la provincia del mismo nombre, el día 29 de septiembre. Frente al peligro que se cernía, el intendente de esa ciudad, Juan Antonio Riaño, junto con los sectores más acomodados de la sociedad, se parapetaron en la Alhóndiga de Granaditas, uno de los edificios más sólidos y gruesos de Guanajuato, utilizado como granero y en cuya construcción había participado el propio Hidalgo, antiguo amigo de Riaño, como asesor. Al ser rechazada una primera propuesta de toma de la ciudad sin utilización de la violencia, Allende, Aldama y Jiménez decidieron su conquista apelando para ello a la vía de las armas.

Los combates iniciaron el 28 de septiembre, y si bien los insurgentes contaron en un principio con el apoyo de los pobladores de Guanajuato, pronto sus intenciones chocaron con el foco de resistencia que supuso la Alhóndiga, constituida ahora en una auténtica fortaleza militar. Pese a la muerte de Riaño y a los conflictos surgidos en la dirección militar de los realistas, la toma de la ciudad recién pudo terminar de concretarse cuando Juan José de los Reyes Martínez, un minero de la zona conocido por su fuerza y apodado “*El Pipila*” (del que sin embargo algunos historiadores dudan de su existencia) obtuvo el permiso de Hidalgo para incendiar la puerta blindada de la fortaleza en medio del feroz enfrentamiento. Cubriéndose de los balazos con una pesada losa en sus espaldas, “*El Pipila*” logró forzar la puerta de entrada del edificio tras más de dos horas de trabajo. La muchedumbre finalmente entró en la Alhóndiga y, desobedeciendo las órdenes de Hidalgo, se dispuso a saquear y a masacrar a los doscientos criollos de alcurnia,

refugiados españoles y soldados realistas que se habían apostado en ella. Una vez firmada la capitulación y luego del saqueo de las principales casas y del área metropolitana de la ciudad, el 1° de octubre de 1810 las tropas insurgentes finalmente abandonaron Guanajuato, dando así inicio a toda una serie de victorias militares.

El siguiente objetivo fue la toma de Valladolid (hoy Morelia) cuyos sectores más acomodados decidieron huir apenas supieron de la proximidad de los insurgentes, en tanto que las autoridades que decidieron permanecer allí se aprontaron para una inmediata rendición ante el temor de ser saqueados y asesinados como en Guanajuato. Valladolid cayó sin resistencia alguna el 17 de octubre en tanto que tres días más tarde, se produciría la incorporación de otra gran figura al Ejército Insurgente, José María Morelos y Pavón, cura del poblado de Carácuaro quien, tras entrevistarse con Hidalgo en Charo, fue comisionado por éste para levantar tropas en el sur del país con el objetivo de tomar el estratégico puerto de Acapulco. Tras proporcionarle al nuevo oficial el título militar de “General de los ejércitos americanos para la conquista y nuevo gobierno de las provincias del sur, con autoridad bastante”, Hidalgo ordenó a las tropas insurgentes proseguir la marcha en dirección a Toluca, la que sería ocupada cuatro días más tarde, en tanto que Morelos regresó a Carácuaro para ya nunca más volver a encontrarlo. En todo caso, el verdadero relieve militar y político de Morelos sería revelado apenas unos meses más tarde, cuando asumiera la dirección de las fuerzas independentistas mexicanas.

El repliegue del Ejército Insurgente

Una vez que Hidalgo y sus hombres pudieron hacerse fuertes en Toluca fue prácticamente irrefrenable el deseo de avanzar desde allí sobre la Ciudad de México.

Ante la cercanía de las tropas rebeldes, el virrey Francisco J. Venegas decidió enviar a las pocas guarniciones realistas a las afueras de la capital mexicana con el objetivo de detener su marcha. Sin embargo, la Batalla del Monte de las Cruces, librada el 30 de octubre, significó un claro triunfo por parte de los cerca de ochenta mil soldados del Ejército Insurgente, quienes de ese modo no sólo consiguieron incrementar su número y su capacidad de fuego, sino que además se vieron en la posibilidad directa de conquistar a la capital del virreinato.

Pese a la facilidad con la que los independentistas podrían haber avanzado sobre la Ciudad de México, el 3 de noviembre Hidalgo ordenó la marcha de su regimiento en dirección a Michoacán por razones que todavía hoy no están del todo claras y entre las que pudieron haber influido la posibilidad de un derramamiento de sangre o de un saqueo generalizado, acciones que sin duda le hubieran restado el favor popular en la nueva plaza a ser conquistada. El 7 de noviembre, las fuerzas realistas al mando de Félix María Calleja del Rey finalmente les dieron alcance, vencéndolos en la Batalla de Acapulco, primera derrota de importancia de las tropas insurgentes las que, evidentemente, no estaban todavía en condiciones para hacer frente al ejército español.

Como resultado de la derrota fueron capturados unos seiscientos elementos del ejército rebelde, junto con sus armamentos y pertenencias, produciéndose además cuantiosas deserciones. Asimismo, las desavenencias entre Hidalgo y Allende no tardaron en hacerse públicas, a punto tal que el párroco de Dolores, junto con un puñado de seguidores, decidió retirarse a Valladolid resignando la dirección del ejército independentista (aun cuando luego recibiría la adhesión de varios centenares

de jinetes e infantes), en tanto que el oficial, sin tanta suerte, se vio obligado a abandonar Guanajuato con rumbo al norte para reunirse con Abasolo y Aldama en San Luis Potosí.

Mientras tanto, y a medida que se iban conociendo las noticias sobre la gesta revolucionaria encabezada por Hidalgo, la lucha independentista se expandía por medio de simpatizantes y defensores que actuaba en diferentes zonas y ciudades del virreinato. De este modo, Rafael Iriarte controlaba León, Aguascalientes y Zacatecas; Luis de Herrera y Juan de Villerías ocupaban San Luis Potosí; Benedicto López hacía lo mismo en Toluca y Zitácuato. Miguel Sánchez y Julián Villagrán controlaban el Valle del Mezquital, en el norte de la intendencia de México, en tanto que José María Morelos ya había avanzado sobre Michoacán. Asimismo, José Antonio Torres ocupaba Guadalajara el 11 de noviembre de 1810 luego de haber tomado el sur de Jalisco y la región de Colima. Finalmente, las provincias norteñas como Texas, Coahuila y Nuevo León también se habían sumado a la causa insurgente.

Sin embargo, y pese al crecimiento del movimiento independentista, lo cierto es que entre noviembre de 1810 y los primeros meses de 1811, el ejército virreinal pudo apropiarse de aquellas plazas inicialmente ganadas por los insurgentes, apenas unos días después del inicio de la guerra. Sumidos en la confusión y en la desorganización, el 17 de enero de 1811 los insurgentes comandados por Hidalgo, Allende, Aldama y Abasolo sufrieron una nueva derrota pese a tener casi el doble de soldados que las fuerzas realistas, nuevamente a manos de Calleja. La Batalla del Puente de Calderón significó el fin de esta primera etapa de las guerras de independencia en México, en la que los jefes insurgentes se vieron obligados a huir primero rumbo a Zacatecas y luego de ser rechazados en esta ciudad, nuevamente

hacia el norte, en busca de apoyo por parte de las provincias septentrionales de la Nueva España.

Bajo el engaño de algunos supuestos aliados, los jefes insurgentes se dirigieron rumbo a Monclova con la intención de poder pasar desde allí a los Estados Unidos. Finalmente, los comandantes insurgentes fueron atrapados el 21 de marzo de 1811 en Acatitla de Baján, en las inmediaciones de Monclova, siendo conducidos luego a Chihuahua para su juzgamiento y condena. En total, los realistas dictaron la pena de muerte para veintidós jefes rebeldes: Aldama y Allende fueron fusilados el 26 de junio e Hidalgo el 30 de julio (sus cabezas, junto con la de Mariano Jiménez, fueron luego colgadas en las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas); Abasolo, por su parte, fue desterrado a España, donde murió en prisión en 1816. En tanto que los remanentes del ejército rebelde (unos mil hombres en total) fueron puestos al mando de Ignacio López Rayón, a su paso por Saltillo, partiendo inmediatamente en dirección al sur con el objetivo de obtener refugio en las montañas de Michoacán.

LA ORGANIZACIÓN DE LA INDEPENDENCIA (1811-1815)

La Junta de Zitácuaro y el primer ensayo de un gobierno nacional

La llamada etapa de organización del proceso independentista mexicano se desarrolló entre el momento en que Ignacio López Rayón resultó nombrado jefe de las fuerzas insurgentes en Saltillo (poco antes de que Hidalgo, Allende, y otros jefes insurgentes fueran apresados y ejecutados) y el fusilamiento de José María Morelos y Pavón. Así, podemos afirmar que esta etapa se desarrolló desde el 16 de marzo de 1811 al 22 de diciembre de 1815, constituyendo un

período de cuatro años de gran importancia en lo que tiene que ver con las acciones de guerra y de creciente posicionamiento ideológico del movimiento independentista de México.

A la cabeza de lo que quedaba del Ejército Insurgente, López Rayón se encaminó hacia Michoacán a través de un largo camino. Toda el área que había sido tomada inicialmente por movimientos regionales simpatizantes de la independencia fue recuperada por el ejército virreinal, lo que sin duda añadía una dificultad mayor a la travesía a través de este árido y extenso territorio. Pese a todos los peligros, hacia fines de mayo o principios de junio de 1811 finalmente López Rayón consiguió llegar con sus hombres a Zitácuaro, en el oriente de la intendencia de Michoacán, en donde se le uniría el médico y militar José María Liceaga.

En dicha localidad, el 19 de agosto de 1811 López Rayón llamó a la creación de una Suprema Junta Nacional Americana, encargada de gobernar en nombre de Fernando VII. La Junta de Zitácuaro coincidió en sus aspectos generales con los propósitos de aquellas otras establecidas por la misma época en distintas partes de América Latina (por ejemplo, en Quito, Caracas, Santafé de Bogotá, Buenos Aires, y Santiago) en los que su propia existencia estaba justificada en la conservación de la soberanía en nombre del depuesto rey de España hasta que éste pudiera volver a ocupar la titularidad de la Corona. La Junta de Zitácuaro se ocupó de reunir a la élite criolla del centro de México, constituyéndose a partir de dieciséis jefes rebeldes regionales que no dudaron en dar su apoyo a la naciente organización. Por otro lado, formaron parte de ella como vocales algunas de las principales personalidades del movimiento independentista de la época, como José María Morelos y Pavón, jefe de la insurgencia en la Sierra Madre del Sur, José María Liceaga, el

cura José Sixto Verduzco y el propio Ignacio López Rayón, a la sazón, designado como Ministro Universal de la Nación y Presidente de la Suprema Corte.

A la Junta de Zitácuaro se le debieron varias iniciativas de importancia en los primeros tiempos de la independencia de México: el primer proyecto de constitución nacional, que de todos modos no logró prosperar; el primer cuño de monedas propiamente nacionales; así como los intentos iniciales por lograr el reconocimiento de la comunidad internacional (para lo que expresamente se envió un representante a los Estados Unidos). Como entidad gubernamental, la Junta ejercía la administración de los pueblos bajo su dominio y en teoría nombraba autoridades locales, si bien esta última tarea casi siempre recaía en los jefes militares que habían conquistado plazas que estaban fuera de su dominio efectivo.

Por otra parte, y en su intención de legitimarse frente a los jefes regionales y de ganar prestigio frente al ejército del virreinato, López Rayón, como jefe de la Junta, emprendió un conjunto de campañas militares que, sin embargo, no rindieron los frutos esperados. Por lo mismo, y pese al apoyo de los líderes revolucionarios, tampoco se pudo evitar una derrota a manos del ejército español comandado por Félix María Calleja el 2 de enero de 1812 en la Batalla de Zitácuaro, por lo que la Junta debió trasladarse a la localidad de Sultepec, en el poniente de la intendencia de México, para poder sobrevivir.

Durante el tiempo en que la Junta permaneció en Sultepec y luego en Toluca sobresalió la producción intelectual de José María de Cos, cura de San Cosme (en la intendencia de Zacatecas) quien publicó un órgano informativo de los insurgentes en el que resulta visible la radicalización política e ideológica del movimiento independentista.



Sin embargo, y a partir de la precipitada huida luego de la derrota a manos de Calleja, la crisis no tardaría en hacerse presente en el seno mismo de la organización. En este sentido, sus vocales decidieron actuar cada uno por su cuenta en distintas regiones del sur de México: así, José S. Verduzco permaneció en Michoacán, en tanto que López Rayón se radicó en la intendencia de México y Liceaga hizo lo propio en el territorio de Guanajuato. Reclamando cada uno para sí la dirección política de la Junta, los jefes revolucionarios entraron en una discusión cuyos resultados tendieron a su creciente debilitamiento. Finalmente, fue hacia la primera mitad de 1813 en que se produjo la desaparición de facto de este órgano de gobierno, poco antes de que se lograra la incorporación de un representante de Oaxaca, provincia recién tomada por Morelos. Posteriormente, y como máximo órgano de gobierno de la nación mexicana, la Junta de Zitácuaro sería reemplazada por el Congreso de Chilpancingo.

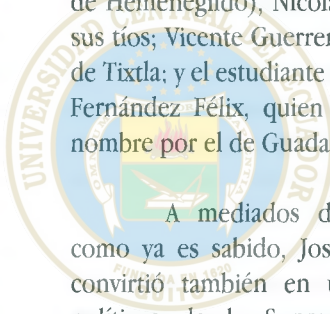
Las campañas de José María Morelos en defensa de la independencia

Paralelamente al desarrollo de los acontecimientos que culminarían en la desaparición de la promisorio Junta de Zitácuaro, se había producido el paulatino ascenso político de José María Morelos y Pavón: pese a no tener la formación adecuada, fue sobre todo por sus virtudes como estrategia y por su notable capacidad de mando como lograría primero convertirse en un notable jefe militar para luego, y a la muerte de los primeros artífices de la lucha independentista, en el principal líder de la insurgencia mexicana.

Luego de su entrevista con Hidalgo el 20 de octubre de 1810 en el poblado de Charo, Morelos retornó a Carácuaro

para encabezar desde allí la primera de sus campañas, objetivo que recién pudo comenzar a cumplir al abandonar el curato y, luego, al reclutar a un total de veinticinco hombres, armados con lanzas y escopetas. Internándose en la depresión del río Balsas con rumbo a la Sierra Madre del Sur, la tropa de Morelos, ya con dos mil soldados, fue sumando voluntades por parte de aquellas ciudades y pueblos que, como Zacatula, Petatlán y Tecpan aceptaban pasar a la lucha contra las autoridades virreinales. Para mayo de 1811, la tropa de Morelos pudo tomar las localidades de Chilpancingo, Tixtla y Taxco. Sobre el final de esta primera campaña, este ejército se había fortalecido notablemente a partir de la incorporación de algunas notables personalidades, como fueron las de los cuatro hermanos Galeana (y, principalmente, de Hemenegildo), Nicolás Bravo, su padre y sus tíos; Vicente Guerrero, arriero originario de Tixtla; y el estudiante duranguense Miguel Fernández Félix, quien luego cambiaría su nombre por el de Guadalupe Victoria.

A mediados de agosto de 1811, como ya es sabido, José María Morelos se convirtió también en uno de los líderes políticos de la Suprema Junta Nacional Gubernativa y, gracias a su exitosa campaña contra los españoles, en su principal baluarte militar. Pese a que en los hechos se había convertido en el sucesor natural de la primera generación de insurgentes compuesta por Hidalgo, Aldama y Allende, Morelos operó a partir de la constitución de la Junta como subordinado de López Rayón, a quien de todos modos rechazó la invitación que éste le oficializara para su integración al nuevo organismo de gobierno, prefiriendo en cambio cumplir con sus obligaciones militares (por lo que resolvió su representación en su viejo compañero José Sixto Verduzco). Una vez más, Morelos se preparó para desarrollar una nueva campaña militar, siempre bajo las indicaciones políticas de la Junta de Zitácuaro,



y aun cuando no compartiera totalmente las opiniones de sus otros miembros.

Entre agosto y septiembre de 1811 el jefe insurgente se instaló en el pueblo de Chilapa, futuro Estado de Guerrero, donde pudo además sumar a su favor a la población indígena local. Posteriormente, y una vez en territorio de la intendencia de Puebla, Morelos venció a las tropas españolas en la Batalla de Chiautla y procedió a dividir a su ejército en tres columnas. La primera, al mando de Nicolás Bravo, avanzó rumbo a Oaxaca, tomando en su camino las localidades de Acatlán y de Huajapan. El segundo frente, bajo la dirección de Hermenegildo Galeana, volvió a Taxco. Por último, la tercera línea, encabezada directamente por él mismo, se encaminó en dirección al Valle de Puebla-Tlaxcala, ocupando Izúcar y sumando a Mariano Matamoros (su mano derecha hasta su fusilamiento en 1814); aunque no consiguió avanzar sobre la ciudad de Puebla, el 24 de diciembre de 1811 logró en cambio conquistar a la localidad de Cuautla para la causa independentista.

El creciente fervor generado por el éxito de estas campañas, sumado a la popularidad en aumento de Morelos y a las posibilidades concretas de que los próximos objetivos de ataque fueran la ciudad de Puebla o, directamente, la de México, fueron motivo suficiente para que en febrero de 1812 el general Félix María Calleja, quien ya anteriormente había infligido duras derrotas a las tropas insurgentes, fuera instruido por el virrey Vanegas para aniquilar de una vez por todas al ejército rebelde. El enfrentamiento entre ambos bandos fue inevitable, iniciándose el sitio realista a Cuautla prácticamente para la misma época en que la Junta era forzada a huir de Zitácuaro.

El sitio se prologó por un total de sesenta y tres días de combate en los que

ambos bandos fueron incapaces de vencer. En la defensa final de la plaza participaron también los propios habitantes de la villa, destacándose el grupo de niños conocido como "Los Emulantes", conducido por el hijo de Morelos, Juan Nepomuceno Almonte, y por Narciso Mendoza, mejor conocido en la historia mexicana como "El Niño Artillero". Recién en la medianoche del 2 de mayo de 1812, tras unos breves episodios de resistencia, Morelos y el ejército rebelde consiguieron escapar de Cuautla. Al día siguiente Calleja ordenó el saqueo y el asesinato de los pobladores de la ciudad en tanto que los Insurgentes se dispersaban hacia el oriente, en la Sierra Central de México, rumbo a Izúcar y Chiautla.

La tercera campaña de Morelos fue llevada a cabo en medio del constante asedio de las tropas españolas. Pese a ello, las tropas rebeldes, que se habían desplazado hacia el oriente de Puebla, consiguieron tomar la villa de Orizaba, enfrentándose luego con el ejército virreinal en las cumbres de Acultzingo. Como ya antes había ocurrido en Cuautla y en Izúcar, tampoco en esta oportunidad el enfrentamiento dejó un claro vencedor. En noviembre de 1812 los independentistas debieron movilizarse de nuevo, en esta ocasión, con dirección al sur. En el medio de todo este agitado proceso, Morelos sufrió distinto tipo de enfermedades (como la tuberculosis) y la pérdida de uno de sus más fieles colaboradores, Leonardo Bravo, apresado por los realistas mediante un acto de traición.

La cuarta campaña del Ejército Insurgente tuvo lugar cuando luego de capturar la villa de Tehuacán, Morelos decidió a continuación ocupar la ciudad de Oaxaca, arribando a ella en la madrugada del 25 de noviembre de 1812. Fue en dicha localidad que el jefe independentista estableció un gobierno autónomo que



comenzó a operar formalmente el 13 de diciembre y que se sostendría por dos años más, cuando esta localidad fue finalmente reconquistada por las tropas realistas. La experiencia de este gobierno independiente fue de gran importancia para Morelos ya que se trató de la primera y única vez en toda su carrera política y militar en que pudo tener el mandato concreto para encarar reformas civiles en pro de la independencia, siendo además una de sus principales iniciativas el deslinde final del apoyo al rey Fernando VII que hasta entonces, y sin mayores discusiones, había sido sostenido por la Junta de Zitácuaro (ya moribunda en Sultepec).

El otro gran aporte realizado por Morelos desde Oaxaca fue la convocatoria en junio de 1813 a la formación de un Congreso Nacional con representantes elegidos a través del voto popular y que se deberían dar cita en la ciudad de Chilpancingo. Asumiendo finalmente este objetivo, el Ejército Insurgente se dirigió a la Costa Grande para vencer a los realistas acantonados en el castillo de San Diego en Acapulco en agosto, aislando la comunicación marítima de los españoles con sus colonias en las Filipinas y favoreciendo el control del Pacífico para las tropas revolucionarias. Así fue como para mediados de 1813 Morelos se convirtió en el más importante jefe insurgente de la flamante nación mexicana, con decisiva influencia en las intendencias de México, Puebla y Oaxaca y con verdadero poder de convocatoria para asegurar el éxito del encuentro de Chilpancingo

El Congreso de

Chilpancingo y sus aportaciones para el movimiento independentista

Pese a la oposición de dos de los sobrevivientes de la Junta, López Rayón y Liceaga, Morelos expidió una convocatoria en la que señalaban los procedimientos para

elegir a los representantes que debían acudir al encuentro, en tanto que Andrés Quintana Roo se ocupó de crear un reglamento para el funcionamiento del Congreso una vez que éste ya estuviera en funcionamiento. La división de poderes, uno de los elementos fundamentales de la doctrina republicana, fue asumida desde un principio como uno de los principios orientadores del encuentro de Chilpancingo gracias, nuevamente, a la defensa expresada por el propio Morelos en una proclama previa a su inicio.

El Congreso comenzó a sesionar el 13 de septiembre de 1813 con la presencia de sólo unos pocos diputados electos: José Sixto Verduzco por Michoacán, José María Murguía por Oaxaca, Andrés Quintana Roo por Puebla y José Manuel de Herrera por Tecpan, mientras se esperó la llegada de otros representantes en las siguientes semanas (entre ellos, Bustamante por México, Cos por Veracruz, Liceaga por Guanajuato y Rayón por Guadalajara). En el acto inaugural, el secretario del cónclave, Juan Nepomuceno Rosáins, pronunció el discurso Sentimientos de la Nación, previamente elaborada por Morelos y en cuya redacción había también colaborado Carlos María de Bustamante. Bajo la divisa de que “La América es libre e independiente de España y de toda otra Nación, gobierno o Monarquía” (tal como se declaraba en su primer artículo), la idea general del discurso era la “salvación de la patria”, dando con ello además una de las primeras muestras de sentido de nacionalidad en el flamante territorio liberado del poder virreinal (como también por la misma época lo expresaría otra de las plumas mayores de la independencia mexicana, Fray Servando Teresa de Mier).

El ideario independentista asumido ahora en su más pleno sentido radical, se diferenciaba al mismo tiempo que marcaba una ruptura con aquellas otras posiciones



asumidas por la anterior Junta de Zitácuaro en la que todavía, y pese a todo, se sustentaba un principio de fidelidad hacia la Corona española y, consecuentemente, un firme rechazo hacia el “gobierno ilegítimo” reunido en Cádiz: de este modo, la residencia de la soberanía en el pueblo y la independencia de la nación frente a cualquier potencia extranjera se convertían en los puntos principales asumidos por el Congreso de Chilpancingo. Los Sentimientos de la Nación incluían además toda una serie de disposiciones en lo económico, lo político y lo social, siendo la más importantes de ellas la supresión de la esclavitud y la igualdad de los mexicanos, en la propuesta de que estos ideales constituyeran el primer artículo a ser aprobado por los congresistas y en una línea cuyo corolario era la supresión de las castas en la región. Por otro lado, también se pronunciaron a favor de la conservación del catolicismo como única religión de Estado y por la exclusión de los extranjeros (en referencia a los españoles) de las actividades económicas del país.

El 14 de septiembre, al siguiente día de iniciados los debates y pese a la total resistencia de Morelos, éste fue elegido por sus pares como “Generalísimo” de todas las fuerzas independentistas. Asimismo, se le confirió la dignidad de “Alteza Serenísima” que el jefe insurgente rechazó por la más bíblica expresión de “Siervo de la Nación”. En todo caso, fue a partir de entonces que Morelos resultó legitimado por sus pares para finalmente asumir la dirección regional de la causa independentista. El Congreso decretó también la restauración de la Compañía de Jesús (expulsada de América Latina por la Corona española) y la cobranza de impuestos, creándose para tal efecto los tribunales fiscales correspondientes.

Ya con la presencia de todos los diputados, el Congreso procedió a declarar

el 6 de noviembre de 1813 la independencia de la “América Septentrional” (el término “México” todavía era reservado para la provincia homónima) bajo el siguiente argumento imperativo: “Queda rota para siempre jamás y disuelta la dependencia del trono español”. Dicha resolución, por otra parte, quedaría consagrada en el Acta Solemne de la Declaración de Independencia de la América Septentrional cuyo tono radical sería proporcionado, en gran medida, por Los Sentimientos de la Nación previamente compuestos por Morelos. Asimismo, y ya como una de las últimas actividades del Congreso de Chilpancingo, los representantes allí reunidos comenzaron la redacción de una Constitución Nacional, inspirada a su vez por la Constitución de los Estados Unidos y por la Constitución francesa de 1791, tarea que sería retomada más tarde con la escritura de la Constitución de Apatzingán.

Tras el cierre del Congreso, el cuerpo legislativo se trasladó con Morelos para continuar la guerra, en tanto que éste iniciaba su quinta y última campaña militar y que, en la Ciudad de México, Félix M. Calleja recibía el nombramiento de virrey en reemplazo de Venegas. Aunque las fuerzas rebeldes tuvieron éxito inicialmente, las autoridades coloniales, luego de algunos meses, lograron capturar posiciones en el área central del país y finalmente invadir Chilpancingo. Alimentadas por estas derrotas, las discusiones entre los jefes insurgentes en torno a sus respectivas estrategias y proyectos no se hicieron esperar, aumentando la distancia y la rivalidad entre López Rayón y Morelos. Ante el temor de que pudiera surgir un mandato unipersonal y autoritario en las filas independentistas, los representantes electos, cada vez más influenciados por López Rayón, decidieron en febrero de 1814 desconocer a Morelos como “Generalísimo” y jefe supremo



del ejército, asignándole únicamente la protección del Congreso en fuga. El Ejército Insurgente se vería así cada vez más dividido y, por último, también privado de una de sus mejores espadas.

Las relaciones entre Morelos y sus opositores recién mejorarían hacia octubre de 1814, en momentos en que los congresistas se encontraban elaborando la primera Constitución de la todavía naciente república. Sus principales redactores fueron José Manuel de Herrera, Andrés Quintana Roo, José Sotero Castañeda, Cornelio Ortiz de Zárate, Manuel de Aldrete y Soria y José María Ponce de León, siempre bajo la protección de las tropas comandadas por Morelos quien también se encargó personalmente de colaborar en la escritura y corrección de sus últimos artículos. Aunque la nueva Constitución, jurada en Apatzingan (Michoacán) el 22 de octubre de 1814, aseguraba en el texto las garantías individuales de los ciudadanos mexicanos, en los hechos, procuraba también conformar un poder ejecutivo sólido, con atribuciones prácticamente absolutistas para el Congreso, frente a un Morelos cada vez más disminuido y controlado en su capacidad militar. Con todo, la Constitución de Apatzingan no pudo ser finalmente puesta en marcha debido a la situación de acoso constante sufrida por los insurgentes a manos del ejército realista.

José M. Morelos fue invitado a formar parte del nuevo gobierno provisional, junto con Liceaga y Cos, asumiendo como función prioritaria la lucha independentista, un objetivo cada vez más importante sobre todo desde que en mayo de 1814 Fernando VII había conseguido reasumir su poder como monarca y una gran cantidad de militares españoles que habían participado en la guerra contra Francia se aprestaban ahora a viajar a América para impedir la liberación de su principal colonia. En vista de este contexto, el panorama para los primeros meses de

1815 se presentó realmente complejo. Si bien, y por una parte, el gobierno consiguió consolidarse enviando representantes diplomáticos a los Estados Unidos en busca de su reconocimiento y posibilitando a principios de marzo la instalación de un Supremo Tribunal de Justicia, también recrudecieron los conflictos entre los jefes insurgentes, comprometiendo con ello la suerte de la campaña militar independentista. De este modo, no resultó sorpresivo que con la llegada de más soldados españoles, las tropas realistas pudieran reconquistar Oaxaca y Acapulco en el mes de julio, en tanto que el Congreso debió nuevamente mudar su residencia a Tehuacán, Puebla, a fines de septiembre bajo la custodia siempre presente de José María Morelos.

Sin embargo, sería durante este traslado que el 15 de noviembre y en la localidad poblana de Tezmalaca, se produjera finalmente la captura de José María Morelos a manos de las fuerzas realistas. El Siervo de la Nación fue trasladado a la Ciudad de México y juzgado por la Santa Inquisición, la que lo acusó de herejía dada su antigua condición sacerdotal. Luego de ser degradado y excomulgado, Morelos fue fusilado el 22 de diciembre de 1815 en las horas de la tarde.

LA INDEPENDENCIA MEXICANA Y SU ETAPA DE RESISTENCIA (1815-1821)

De la estrategia de la guerra a la táctica de la guerrilla

Entre los años de 1815 y 1821 la independencia mexicana vivió su tercer y último período, caracterizado por la imposición de la estrategia de guerra de guerrillas, las cuales fueron dirigidas por tres de los más encumbrados caudillos insurgentes: Manuel Félix Fernández, mejor conocido como Guadalupe Victoria, en Puebla; Vicente Guerrero en Oaxaca y el

español liberal Francisco Javier Mina en el centro del país. Pese a que los tres eran populares y bajo la causa independentista concitaban lealtades y seguidores, lo cierto es que para las autoridades virreinales, la desarticulación del movimiento conducido por Morelos les había hecho suponer que finalmente había retornado la paz y el orden a las provincias de la Nueva España: en todo caso, la declaración general de indulto para todo aquel rebelde que resolviera deponer las armas pasaba a ser la confirmación oficial de esta creencia.

Guadalupe Victoria se sumó a la causa independentista en 1811, combatiendo al lado de Morelos durante el sitio de Cuautla, pero sería gracias al éxito de las acciones sostenidas en Oaxaca en noviembre del siguiente año que fue posicionado al frente del Ejército Insurgente en Veracruz, siendo nombrado General Brigadier por el Congreso de Chilpancingo en 1814. Combinando distinto tipo de acciones guerrilleras, que significaron tanto triunfos como derrotas, Victoria pudo controlar la región veracruzana hasta 1817 en que fue vencido por los españoles y obligado a replegarse en una angosta en la que sin embargo resistió acosos y persecuciones. En el caso de Vicente Guerrero, el llamado a la lucha provino directamente en 1810, cuando inició su carrera militar a las órdenes de Hermenegildo Galeana. Con el grado de capitán, obtendría victorias en el ataque a varias posiciones como así también en la batalla de Izúcar, por lo que Morelos le comisionó un destacamento para llevar la independencia a las provincias del sur de la colonia. A comienzos de 1816 la muerte de Morelos generó desánimo y confusión entre las filas insurgentes, si bien Guerrero continuó su accionar principalmente en Oaxaca y en el territorio que luego se bautizaría con su apellido en honor a la fidelidad de su lucha. Por último, Francisco Javier Mina, héroe liberal español que había

participado en la Guerra de Independencia de su país en contra de Francia, fue convencido en Londres por el padre Servando Teresa de Mier para unirse a la causa de la independencia mexicana. En abril de 1817 desembarcó en Tamaulipas y reunió un batallón que él mismo decidió bautizar como "Ejército Auxiliador de la República Mexicana". Con el mandato de atacar posiciones realistas en Guanajuato, encaró una breve campaña que, sin embargo, se constituyó en una de las más importantes en esta etapa de resistencia de la independencia mexicana. Apresado por sus enemigos, Mina fue fusilado en noviembre de 1817.

Pese a la actuación de caudillos como Victoria, Guerrero y Mina, después de casi diez años de guerra civil y de la muerte de Miguel Hidalgo y de José María Morelos, lo cierto es que el movimiento independentista se encontraba inerte y peligrosamente cercano al fracaso. Por otra parte, el uso excesivo de la violencia como así también la práctica cada vez más frecuente de los saqueos populares terminaron convenciendo a muchos criollos de buena posición y de pensamiento liberal y progresista de que detrás de las proclamas libertadoras se encontraba en realidad una simple guerra de clases y castas, por lo que terminaron vinculándose al gobierno español a fin de que se pudiera encontrar un camino más pacífico hacia la independencia nacional. Así, los rebeldes que aún mantenían viva la lucha revolucionaria se opusieron, por una parte, a la dura resistencia de las autoridades españolas, mientras que por la otra debieron hacer frente a la apatía y al desinterés de aquellas personalidades criollas de mayor influencia en la colonia. Sería entonces bajo este contexto que el triunfo de la revolución liberal en España posibilitaría repentinos cambios de lealtades del bando realista a las filas insurgentes, tal como particularmente lo viviría el caudillo militar conservador Agustín de Iturbide.

El irrefrenable ascenso de Iturbide

Nacido en la antigua ciudad de Valladolid (actualmente Morelia), Iturbide se comportaba como encarnación del criollo perfecto: proveniente de un hogar acomodado, con ascendencia nobiliaria, supo cultivar excelentes relaciones con la cúpula eclesiástica mexicana, lo que le valió el reconocimiento como defensor del catolicismo en las tierras de la Nueva España. De ideología conservadora, no había dudado en sumarse a la defensa de los privilegios virreinales al punto de haberse convertido uno de los más encarnizados oficiales de las filas realistas contra de sus compatriotas insurgentes.

Cuando comenzó el proceso de independencia, Iturbide era capitán del ejército español y entre 1810 y 1816 se distinguió por haber sofocado varias insurrecciones provocadas por los rebeldes primero en el sur del país y luego en la provincia de Guanajuato, derrotando incluso a las tropas de José María Morelos. Sin embargo, las denuncias contra malversación de fondos y por abuso de autoridad que comenzaron a aparecer hacia 1813, cuando ya detentaba el cargo de coronel, enturbiaron su ascendente carrera militar, y aunque no se le pudo comprobar nada mediante la auditoría que le fue realizada, el virrey Calleja ordenó su destitución en 1816. Iturbide decidió establecerse en la Ciudad de México para dedicarse a partir de entonces a actividades empresariales: sin embargo, nadie imaginaba que al cabo de un tiempo la autoridad virreinal volvería a requerir sus servicios.

En este sentido, los cambios decisivos en la colonia novohispana se precipitaron cuando finalmente tuvo lugar el triunfo de la revolución liberal producida en España en febrero de 1820 y por la cual, bajo la presión popular, el rey Fernando VII se vio obligado a aceptar la Constitución de

Cádiz de 1812. Las repercusiones de este acontecimiento no tardaron en hacerse sentir en México, pues si por una parte los sectores conservadores deseaban evitar la aplicación en la colonia de las leyes liberales que se estaban gestando en las Cortes de Madrid, por la otra los grupos liberales pretendían servirse del reestablecimiento de aquella Constitución para reclamar por la independencia del virreinato.

Una reunión de los conservadores en la iglesia de la Profesa (que algunos historiadores han caracterizado como una verdadera conspiración), en la que se manifestó una gran preocupación por los cambios que se estaban dando en España y por la falta de respaldo que a partir de entonces sufrirían por parte de un monarca mucho más acotado en sus poderes y capacidades, planteó la posibilidad al virrey Juan Ruiz de Apodaca de contar una vez más con Agustín de Iturbide como militar confiable y, en definitiva, como el último responsable de la seguridad de los realistas en la cada vez más convulsionada colonia. En este contexto, los liberales planearon que un diputado recién electo a las Cortes (y que era además compadre de Iturbide) promoviera un Plan de Independencia en Madrid por el que se convocara a México a uno de los miembros de la familia real para que lo gobernara de manera autónoma. Finalmente, Iturbide mismo entendió que las alteraciones que se estaban produciendo en la metrópoli implicaban una seria amenaza para el status quo de la Nueva España y, por lo tanto, que se trataba de una excelente oportunidad para que finalmente los propios criollos tomaran en sus manos el futuro gobierno del país. Irónicamente, la independencia de México sería así consumada cuando las fuerzas conservadoras en la colonia decidieron levantarse en contra del breve régimen liberal establecido en la madre patria.

En los últimos meses de 1820, Iturbide fue de este modo reincorporado a las filas del ejército realista para llevar a cabo la que se consideraba como la última campaña en contra de los insurgentes, siendo destinado al frente de un batallón armado especialmente para vencer a las huestes de Vicente Guerrero en Oaxaca, como se ha visto, uno de los pocos dirigentes rebeldes que aun continuaban en actividad. Entre fines de 1820 e inicios de 1821 se produjeron así los últimos choques entre independentistas y realistas en México, con un grave saldo de derrotas para estos últimos. Sin embargo, y más que en el plano meramente militar, la ambición de Iturbide alcanzaba ahora fines netamente políticos: con la intención de acercar posiciones entre liberales y conservadores, consiguió de Vicente Guerrero su acuerdo para unirse a un nuevo plan, el que ambos finalmente suscribieron mediante una reunión celebrada en el poblado de Acatempan el 10 de enero de 1821.

Un mes más tarde, el 24 de febrero de 1821, Iturbide dio a conocer una proclama pública cuyos puntos fundamentales habían sido previamente acordados con Guerrero y que pasaría a la posteridad como el llamado Plan de las Tres Garantías o, sencillamente, Plan de Iguala (por la localidad guerrerense en la que entonces se encontraban). Dicho proyecto no pretendía hacer otra cosa más que delinear a una futura nación independiente sobre la base de tres principios o garantías fundamentales: México sería un país libre y soberano gobernado por el rey Fernando VII o por otro príncipe conservador o moderado europeo; criollos y peninsulares tendrían los mismos derechos y privilegios sobre la base de la igualdad de derechos de todos los individuos y la unión de todos los grupos sociales; y, por el último, el establecimiento del catolicismo como única religión, "sin tolerancia de otra alguna", con lo que se reforzaba el poder de la Iglesia frente a la

independencia que en breve se concretaría para el nuevo país.

Para sostener este plan, asimismo, se planeó la conformación del Ejército Trigarante conformado por las tropas de Iturbide y de los insurgentes, y al que se irían uniendo poco a poco las demás guarniciones realistas apostadas en las distintas zonas del país. El Plan de Iguala satisfizo por igual a liberales y conservadores, y el objetivo común de la plena soberanía y de la protección a la Iglesia católica posibilitó que finalmente una amplia mayoría se plegara al movimiento independentista, direccionado ahora a la constitución de un novedoso imperio en tierra americana.

LA CONSUMACIÓN DE LA INDEPENDENCIA

El 24 de agosto de 1821, Agustín de Iturbide, convertido ya a estas horas en el máximo líder de la nueva nación, suscribió los Tratados de Córdoba junto con Juan O'Donojú, Teniente General de los Ejércitos de España y, luego del alejamiento del virrey Juan Ruiz de Apodaca, última autoridad realista en el país. Por medio de estos Tratados, rubricados en Veracruz, finalmente Fernando VII reconocía la independencia de sus colonias novohispanas, en tiempos en que junto con la sitiada Ciudad de México, la monarquía borbónica únicamente conservaba algunas pocas guarniciones ya debilitadas en los puertos de Veracruz y de Acapulco. Así, la épica historia que había comenzada con el Grito de Dolores en 1810 concluía once años más tarde en la ciudad de Córdoba.

Una Suprema Junta Provincial Gubernativa, especialmente designada, se encargaría de asegurar la transición entre la vieja colonia y la nueva nación independiente. En ella participaron, entre otros, Juan O'Donojú, teniente general de los ejércitos

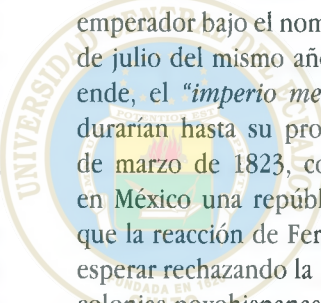


españoles; Antonio Joaquín Pérez Martínez, obispo de Puebla; Matías Monteagudo, rector de la Universidad Nacional, canónigo de la Santa Iglesia Metropolitana de México y prepósito del Oratorio de San Felipe Neri; Juan Horbegoso, coronel de los ejércitos nacionales; Pedro José Romero de Terreros, Conde de Jala y Regla, Marqués de San Cristóbal y de Villa Hermosa de Alfaro, gentil hombre de cámara con entrada y capitán de albarderos de la guardia del Virrey; y Anastasio Bustamante, coronel del Ejército de Dragones de San Luis.

El 27 de septiembre de 1821, el Ejército Trigarante finalmente entró triunfante en la Ciudad de México. A las pocas horas, Iturbide ordenó que la Junta Gubernativa sesionara al día siguiente desde muy temprano para elegir al Presidente de la Regencia del Imperio, que recayó sobre su persona, acompañado en los cargos respectivos de segundo, tercer, cuarto y quinto regente, por Juan O'Donojú, Manuel de la Bárceles, José Isidro Yáñez y Manuel Velázquez de León. Por la tarde, los miembros de la Suprema Junta Provisional Gubernativa suscribieron el Acta de Independencia del Imperio Mexicano, bajo la certeza de que *“la nación mexicana que*

por trescientos años ni ha tenido voluntad propia, ni libre uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido”, y de que se trata ahora de *“una nación soberana e independiente de la antigua España, con la que en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha en los términos que prescriben los tratados”*.

Los primeros tiempos del flamante país independiente fueron, sin embargo, altamente tumultuosos. El Congreso Constituyente del Imperio, que había comenzado a sesionar el 25 de febrero de 1822, pronto terminó enfrentado con la Regencia y, particularmente, con las crecientes atribuciones de Iturbide quien, a su vez, aprovechó una serie de motines militares en su defensa para convertirse en emperador bajo el nombre de Agustín I el 21 de julio del mismo año: su gobierno y, por ende, el *“imperio mexicano”*, únicamente durarían hasta su propia abdicación el 19 de marzo de 1823, constituyéndose luego en México una república federal. En tanto que la reacción de Fernando VII no se hizo esperar rechazando la independencia de sus colonias novohispanas, las que luego de un intento de reconquista en 1829, recién sería reconocida como plena en 1836.



Bibliografía

Castillo Ledón, Luis 1985 Hidalgo: la vida del héroe (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana).

Covarrubias, Ricardo 1987 Caudillos de la Independencia de México (Monterrey, Nuevo León).

Chinchilla Pawling, Perla 1985 Los precursores de la Independencia (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana).

De la Torre Villar, Ernesto 1982 La independencia mexicana (México: Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Educación Pública) 3 Tomos.

García Samudio, Nicolás 1945 La independencia de Hispanoamérica (México: Fondo de Cultura Económica).

Hernández y Dávalos, Juan E. M 1988 Historia de la guerra de independencia de México (México: Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana).

Lemoine Villacaña, Ernesto 1995 Insurgencia y república federal 1808-1824 (México: Miguel Ángel Porrúa).

Serrano Migallón, Fernando 1988 El grito de Independencia: Historia de una pasión nacional (México: Porrúa).

Torre Villar, Ernesto de la 1992 La Independencia de México (México: Fondo de Cultura Económica).

Vázquez, Josefina Zoraida (coord.) 1997 Interpretaciones sobre la Independencia de México (México: Nueva Imagen).

